

LA SOLUCIÓN.

PERIÓDICO FILOSÓFICO Y DOCTRINAL.

SALE CADA QUINCE DÍAS.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	PRECIOS DE VENTA.
En Gerona, trimestre. . . 3 reales.	Cada número.. . . . 4 cuartos.
Fuera de Gerona. . . . 4 »	Números atrasados.. . 6 »
Cuba y Puerto Rico. . . . 8 »	
Extranjero. 10 »	

Redacción y Administración, Plaza de Bell-lloch, núm. 4, Gerona,
en donde se recibirán la correspondencia y pedidos.

NUESTROS INFORTUNIOS.

La vida es sueño, según dijo Calderón de la Barca. Pues si la vida es sueño, vivimos en el sueño de la vida. Oído bien, vivimos en el sueño de la vida.

No me propongo disertar sobre este punto: sería para mi pesada tarea, impropia de mi tema; más como quiera que todos mis razonamientos han de ser como riachuelos que han de discurrir lentamente al Oceano, he encabezado mi discurso con estas palabras enseñando el fin que me propongo, esto es, que en el tránsito de la vida material hemos de comprender que nuestra misión es puramente un sueño que todos soñamos sin saber lo que sueña cada uno. No sabemos de dónde venimos ni á dónde vamos. Si venimos, hemos tenido otras existencias; y si vamos, hemos de tener otras existencias. Esto demuestra la inmortalidad del alma. Si el alma es inmortal y principio vivificador de todos los seres organizados, ha de haber existido antes de la organización de la materia y por consiguiente, espiritual por su naturaleza, ha de haber existido antes que ella para vivificarla. Hé aquí la idea del principio, he aquí á Dios Creador de todas las cosas, principio de todos los principios.

El principio del alma lo ignoramos, no podremos jamás en esta existencia comprenderla. Supondremos, inventaremos hipótesis, pero será inútil forzar nuestra imaginación para hallar la incógnita de una *proporción* que encierra una razón completa cuyos términos son que vida y muerte es una verdad. ¿Dónde está pues, la verdad de la vida y de la muerte si vivimos siendo muertos y morimos estando vivos? ¡Secretos de la Providencia cuyos misterios engrandecen la omnipotencia de su Ser! Comprendemos porque tenemos razón, y ésta es la llamada á discurrir

lógicamente por medio de la filosofiamatemática, y aún cuando tengamos problemas que no sabemos resolver, no importa con la posibilidad de que se suponga la verdad de una tesis para nosotros incomprensible.

Así, pues, insiguiendo el plan iniciado en los precedentes pensamientos, entraremos á la esplicacion de nuestro tema, *Nuestros Infortunios*.

Existimos en este mundo á semejanza de los peces marinos, condenados siempre á gustar aguas salobres. ¡Quién ha encontrado la felicidad! Si la soñamos, remontando nuestro vuelo á la atalaya de nuestro porvenir, vemos la corona de nuestros contentos entretegida con la hiedra de Jonas profeta, degenerando inmediatamente en gusanos que la roen y destruyen. Nuestros ojos, en medio del estupor, no miran más que objetos funerarios, catástrofes y ruinas, y aun cuando tropecemos alguna vez con algún espectáculo de alegría, se convierte su suntuoso aparato en la triste representación de un craneo desgajado, paseándose por nuestra fantasía espectros tan espantosos, que ni el descanso más breve puede carecer de suplicio. ¡Qué ha de ser en nosotros la vida si la historia nos recuerda que Julio Cesar temblaba en oyendo tan solo hablar de tempestad! ¡Qué ha de ser sino una tempestad, terminable solo con la verdadera idea de Dios que aplaca el furor de los huracanes que la promueven! Por un lado miserias, por otro vejámenes, por otro pérdidas de fortunas; arrebatarse de nuestro seno á seres los más queridos; vanidad, egoismo, usura, fatuidad, inclemencia; el robo, el asesinato; cárceles, presidios, cadalsos!... ¡Esta es la viva representación de lo que se llama mundo! ¡Isla silvestre en la que se hallan agrestes voluptuosidades, placeres amargos y desabridos deleites! ¡Cuántas veces sobre el advenimiento de nuestras desgracias no enjendramos en nuestro corazón más que la idea de inmotivadas venganzas, de maldiciones inficuas, de soberbias sin motivo, de desesperación terrible, de angustias y aflicciones que destrozan nuestra existencia! Y todos nos preguntamos: ¿por qué hemos de ser tan desgraciados! ¡En qué lo hemos merecido!—¡Cuánta ignorancia!—Si estudiáramos el Espiritismo con toda la profundidad de que es capaz nuestra inteligencia, hallaríamos en nosotros mismos lógicamente demostrado lo que significan esos infortunios de los cuales no sabemos darnos cuenta. Habrá alguno que tendrá en sí mismo la idea de ser honrado, un hombre de bien, y no obstante de reconocer todo el mundo las circunstancias de sus cualidades morales, todas las plagas parecen desencadenar sobre él la furia de sus horribles desastres, y nadie se explica el por qué. Meditemos pues, creamos en la pluralidad de existencias, y claramente aparecerá en nuestra conciencia el murmullo de una voz secreta que nos habla: «Todos debemos pagar por nuestras faltas hasta el último cuadrante.»

¿Podremos dudar entonces que ese suplicio en que nos vemos condenados es la expiación de faltas cometidas en otras existencias?

El profeta Oseas dice que nuestra vida es como una nubecilla de la mañana, que apenas recibe las primeras impresiones de los rayos del sol, se evapora y desaparece; y representa nuestra existencia por el mundo, bajo la figura de otra nube de polvo que se levanta en nuestro cami-

no, y empujada por el viento, la arrebató sin dejar siquiera el menor rastro de sus huellas. Efectivamente, cual la corriente de un caudaloso río, sigue veloz su carrera por la tierra y se derrumba en el gran despeñadero de la catarata de los tiempos.

Pues bajo la presión de tamaña realidad, es imposible hallar el menor descanso para gustar absolutamente nada que pueda producir en nosotros algún deleite, ni cosa apacible que pueda sernos duradera más que por infinitésimas partes ante la inmortalidad de nuestro espíritu, en la vida corporal, si no sabemos comprender nuestra verdadera situación.

Precisamente, el abate Diego Zuñiga, estuvo oportunísimo al dictar consuelos para aquel que no había hallado jamás deleite alguno en este mundo,—cuando decía: ¡con qué no habeis gustado deleite en este mundo! Pues es la mayor gloria de vuestro paladar, y podéis confesar con todo vuestro corazón que ni aún punta de amargura habéis tenido ocasión de sentir, porque el mundo es una fuente de agua alambicada de la hiel por la alquitara de sus delicias: feliz vos que no habéis tenido ocasión de adquirir experiencia sobre las consecuencias de lo que llamamos deleite, que esto os hace único en la felicidad, antes que singular en la miseria, según con error pensáis! Salomón, sabio entre los sabios del mundo, numeró con incorregible aritmética todos los placeres humanos, y á todos dió nombre de vanidad y de aflicción de espíritu. No hay gozo, decía, que á guisa de un escorpión, no traiga su veneno en la extremidad, por que los deleites respresentan á su terminación lo que la música para el oído del que sufre. ¡No os fieis de las cosas terrestres que os brinden la felicidad, porque su apariencia es como las sirenas del Occéano, que os demuestran semblante de doncella y su cola, monstruosidad que se oculta dentro de las aguas! Desengañémonos: este mundo es un valle de lágrimas, en donde, como los israelitas desterrados en Babilonia, no tenemos otro asiento que debajo de los sauces, exhalando nuestras lágrimas y gemidos como penitencia de nuestras culpas. ¿Lo dudáis? Repasad la historia de los más grandes magnates de la tierra, y encontraréis que Agripina amargó los contentos del imperio de su esposo Claudio Tiberio, con un solo ongo, que envenenó su gloria. Informaos de Diógenes Siracusano, cuál era la hiel que encontraba entre las abundancias de su mesa, y os mostrará aquella espada que pendiente de un hilo amenazaba caer sobre su cabeza. Inquirid del Andreaso de Hungría, que gustos halló su corazón en las reales bodas de Juana, princesa de la sirena Partenopea, y os enseñará aquel lazo de oro que convirtió su esposa en dogal, de cuyo acto responde espontáneamente Amán, cortesano el más favorito del rey Asuero, mostrando aquella cruz, que en medio de su propio jardín le sirvió de afrentoso patíbulo. Y entre otros mil ejemplares, podemos también hablar de Seyano, cercado por la mañana de un lucido cortejo de senadores, y por la tarde arrojado con vilipendio de su compañía y conculcado del pueblo Romano. ¿Queréis más? Seguid ojeando la historia del gran César, que con el

solo laconismo de su nombre aterraba la fortuna de los mares, y véisle al fin servir su sangre de placer á la espada de Bruto y de Casio.

Persuámonos, pues, aún cuando se intente por algunos desacreditar las estrellas arrojándose á decir que son para nosotros vehículos de influencias de agenjo, de que las nubes sobre la tierra no llueven otros humores que agua de hiel y que á cada uno se le prepara su cáliz rebosando veneno; y sólo puede hallarse condimentación de miel, en el caso de entregarnos con toda nuestra alma al beneplácito de Dios.

Si no sabemos darnos razón de nuestros infortunios y por ello perdemos la calma entregándonos á la desesperación, sofoquemos nuestra soberbia, aplaquemos nuestra ira, y cual otro Job, sufriendo con resignación nuestras penalidades, busquemos en el espiritismo, que nos revela claramente el por qué de nuestros padecimientos, la fuente de aquella pura y cristalina agua que emana del monumento que lleva la inscripción eterna de todas las felicidades.—Amor y caridad—y habremos encontrado el remedio á nuestros infortunios.—M.

Es un defecto propio del hombre ignorante, falsear y dar una torcida interpretación á todo problema ó doctrina que escapándose á su comprensión, se encuentra por su misma esencia colocada á una altura inaccesible para ciertas inteligencias, las cuales adiviniándola ó viéndola de una manera confusa y vaga, toman el partido de hacerla descender hasta ellas, colocándola al nivel que su capacidad intelectual les permite.

Son tan tristes las reflexiones que nos sugieren los abusos ó falseamientos que bajo la sombra del Espiritismo practican algunas sectas, mal llamadas espiritistas; y tan absurdas y ridículas las afirmaciones y fórmulas empleadas por las mismas, que vemos con dolor completamente cambiada ó desconocida una verdad que, pura y brillante de sí cuando se encuentra colocada en semejantes manos, conviértese por un fanatismo ciego en objeto de burla ó fomento de ignorancia, lo que está llamado á ser, motivo de ilustración y estudio serio.

Piensan mal los que creen que el Espiritismo está llamado á resolver todas las dudas, á explicar á las gentes cual será su porvenir haciéndolas saber que sesgo tomarán sus negocios, y á darles noticias de sus parientes ó amigos fallecidos ya, conforme se ha supuesto equivocadamente por algunos. El tiempo de los oráculos se hundió con el paganismo, y no es nuestra doctrina la destinada á hacerlo reaparecer. Si así fuese, si el Espiritismo sirviese únicamente para satisfacer la pueril curiosidad de los mortales, nos colocaríamos al nivel de los convulsionarios de Egipto, demostrando á los espíritus sensatos, que para nosotros el adelante es letra muerta y que en balde han pasado por la humanidad, esas grandes catástrofes y revoluciones verificadas en nombre del progreso y que tan dolorosos sacrificios han costado.

El Espiritismo recogiendo las conquistas del pasado no es más que un paso hácia el porvenir; es la negación de toda religión que se apoye en el dogma y el misterio, y es por fin la que rehabilitando á la razón y sacudiendo el yugo de las cadenas que la oprimían, conduce al hombre

á la ley natural y al estudio de la ciencia, pero no al primitivo ser salvaje y dominado únicamente por los instintos y apetitos de la fiera, sino al ser sublimado por las nociones de equidad y justicia conquistadas á costa de un trabajo de muchos siglos.

Nuestro ideal comprendía tres grandes principios que en el fondo resuelven, no tan solo las cuestiones religiosas, sino también las cuestiones sociales. La existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la pluralidad de encarnaciones son los únicos puntos de importancia que deben servir de objeto preferente de nuestros estudios, y todos los esfuerzos han de tender precisamente á demostrar de un modo irrefragable, las verdades en que se apoyan las teorías por nosotros sustentadas.

Con antelación sabemos que es imposible probar la existencia de Dios por ser una cosa abstracta y aceptada únicamente por presentimiento ó por la noción innata que tenemos de él, pero la existencia y la inmortalidad del alma y sus reapariciones á la vida material son cosas naturales y lógicas, de posible demostración por lo mismo que pertenecientes á nuestro dominio y objeto exclusivo, por tanto, de todas nuestras observaciones.

Los fenómenos provocados por la mediumnidad, no sirven mas que para demostrar la realidad de los seres de ultra-tumba, ni deben representar otro que el que tiene todo resultado alcanzado en cualquier experimento científico, ya sea en física ya en química. Ellos han de coadyuvar de un modo evidente á la comprobación de nuestra vida inmortal y nada más. No podemos considerar á los espíritus como maestros, porque viniendo del hombre, no es de presumir sepan mas que este, y tanto es así, que ninguno de ellos podrá decirnos nada aceptable, que no se halle consignado ya en los libros.

Por eso reprobamos esas prácticas y fórmulas que emplean una gran parte de los centros espiritistas cuyo único móvil es curiosar, y á la par que condenan toda religión; reúnen la preocupación religiosa. Del espíritu protector; al Santo del Catolicismo no es mucha la diferencia, dándose el caso de que se acepta la misma cosa aunque bajo diverso nombre. Nosotros no debemos tener ni Santos ni Sacerdotes y el que no comprendiendo en toda su pureza la grandiosidad de nuestra doctrina quiera saber los futuros destinos de la humanidad, interroga á la ciencia, que esta no le engaña nunca.

JOAQUIN VIDAL.

MEDITACIONES METAFÍSICAS.

En el límite de esa escala, hay minerales como vegetales y vegetales como minerales. ¿Será tal vez esa sensación rudimentaria de que el vegetal goza transformaciones de aquel movimiento que unía los átomos dando origen á moléculas materiales? No lo sé, pero la gradación existe. Prosigamos: La más pequeña célula vegetal presenta todos los caracteres de una vida rudimentaria; lleva en sí el germen de nuevos seres á ella semejantes: crece, vive, se desarrolla y muere. De la múltiple variedad de las especies vegetales, nacen organismos cada vez más corpulentos,

cada vez más animalizados y en los cuales la vida reviste caracteres más sensibles y aparentes. Aquella sensación rudimentaria se perfecciona progresivamente hasta el punto de que en el límite de esa nueva escala hay vegetales como animales y animales como vegetales. Será tal vez el fenómeno de la vida orgánica debido á aquella fuerza transformada primero en sensación y en instinto luégo? No lo sé, pero la gradación existe. En el reino animal sucede lo mismo. Desde el microscópico infusorio que vive en el seno de una gota de agua, hasta el elefante que habita en las selvas, existe la misma relación que entre la célula y las coníferas, que entre el cuerpo y los átomos que forman sus moléculas. La sensación rudimentaria del vegetal aparece en el animal infinitamente más desarrollada. Además, posee el instinto y la voluntad. Pero ¿será el instinto, aquella misma sensación depurada y transformada? ¡Quién sabe! No me atrevo á firmarlo, pero tampoco á calificarlo de imposible. En el límite de la escala zoológica, se hallan los mamíferos y de estos los cuadrumanos han merecido ser llamados *hombres de los bosques*. Entre el gorila y el salvaje existen numerosas analogías y me pregunto atónito: ¿será tal vez la inteligencia, el instinto depurado y transformado? No lo sé, pero la ciencia me presenta una laguna y un problema. Obra el hombre como el animal mientras sus percepciones se fundan sólo en el principio de la memoria; pero el conocimiento de las verdades científicas y su razón le elevan y distinguen por encima del animal. Se ve, pues, que cada sér vivo, tiene un algo animado que es el alma en el animal y que ésta, que en ciertas especies solo es sensitiva, en el hombre se distingue por la razón y el sentido moral que le dan superioridad incontestable; tiene también una fuerza ó fluido que origina el fenómeno de la vida y un organismo material que continuamente se transforma y se modifica. Este organismo material llamado cuerpo, parece cuando aquella fuerza ó fluido le abandona para volver al todo de donde ha salido; pero ambos unidos sólo constituirían un vegetal y no un animal (dado caso que existir pudiesen sin el alma) y con esta unido obran como si recíprocamente se influyesen.

Entonces no hay muerte en el rigor de la palabra, pues consistiendo tan solo en la separación del espíritu ó alma del cuerpo, lo que llamamos generaciones, serán como dijo un filósofo: desarrollos y crecimiento y lo que muerte llamamos, descomposiciones y disminuciones. Luego, el alma humana es un sér moral libre, responsable, que sobrevive á la destrucción de la materia? No me queda duda alguna. Pero en este caso ¿cuál es el origen de mi espíritu y cuál será mi porvenir? ¿Será obra de alguna inteligencia suprema, que lo gobierne todo y todo lo penetre y comprenda? ¿Existirá realmente ese sér en quien no he creído?

III

Tiendo mi vista por do quiera y ¿qué es lo que veo? Veo modos infinitos de movimiento, veo la vida desarrollarse en múltiples y variadas formas.

El movimiento supone un Motor inmóvil. La vida un creador increado. Si pregunto á las ciencias, me explican leyes sabias, profundísimas,

inteligentes que rigen y gobiernan los mundos como rigen y gobiernan átomos, leyes inmutables que la inteligencia del hombre solo al cabo de largos siglos de experiencia consigue adivinar y que revelan un Legislador inteligente y sapientísimo.

La historia y la religión, también me hablan de Dios, como un Padre justiciero.

Yo no veo á Dios, yo no toco á Dios, pero mi alma siente la nostalgia del infinito y el Infinito debe ser uno de sus atributos.

Más la última razón de las cosas debe encontrarse en una sustancia ó ser necesario, en el cual tengan su origen; y á esto es lo que llamo Dios.

Y no pudiendo existir fuera de esta sustancia suprema y única, nada que sea independiente de ella, debe ser incapaz de límites; es decir, infinita, conteniendo en si misma toda la posible realidad.

Acabo de demostrar *á priori* su existencia; veamos si puedo también *á posteriori* conseguirlo.

Si hay alguna realidad en las esencias, esta realidad debe tomar su origen en algo existente actual; y, por consiguiente, en la existencia del Ser necesario, en el cual su esencia encierra su existencia y basta para ser actual, que sea posible.

Pero ese Ser necesario tiene que haberse creado á si mismo, tiene que existir por si mismo, me dirán algunos.

No veo en ello una objeción seria ni de difícil contestación.

En primer lugar, no sé si es un Ser personal; en segundo lugar, nuestro organismo que es la representación en pequeño del universo ¿no tiene una fuerza ó fluido (1) que le da vida? Y ¿no tiene también la facultad de transmitirla por si mismo á seres semejantes á él? Pues si el hombre encierra en si mismo el principio y germen de su propia vida, siendo finito y limitado, el Ser infinito é ilimitado, ¿en qué grado no poseerá esa facultad? Puede, pues, existir por si mismo; pero ¿es realmente un ser personal?

Los primeros hombres y los primeros pueblos concibieronle bajo la idea de un Ser fuera del mundo. Los griegos mismos señalaron primeramente el Olimpo para morada de sus dioses, que luego se elevan á una región superior inaccesible al hombre; un mundo que está fuera del nuestro, pero del cual descendían á veces para mezclarse con los mortales, apareciéndoles bajo forma humana, apariciones milagrosas y sobrenaturales de por sí. Al aparecer el Cristianismo, la noción de Dios sufrió una primera transformación, aun cuando se siguió creyendo que Dios existía en alguna parte fuera del mundo. Como la idea de Dios, de su personalidad y esencia y de sus atributos y facultades, solo la ciencia es la llamada á formularla, cuando haya llegado á su máximo de desarrollo y unificación; ha seguido siempre desarrollándose y modificándose con ella y en este camino de progresión indefinida, cada etapa, cada periodo presenta una fase del problema, analiza uno de sus atributos y descubre una verdad más que sumar á las descubiertas por ella.

(1) Fluido vital, fluido magnético.

¿Qué idea tenían los antiguos del Universo? Se imaginaban la tierra como si fuese una llanura inmóvil por encima de la cual, como un fanal inmenso, se elevaba el firmamento, bóveda sólida, en cuyo seno se movían las nubes, el sol y las estrellas. Por eso la noción de Dios era tan perfecta como su ciencia. Se imaginaban por encima de aquella inmensa bóveda, un gran espacio y en él majestuosísima morada do tenía su asiento sobre un trono resplandeciente, rodeado de ángeles querubines y potestades que cantaban eternamente sus alabanzas, á aquel Dios á quien rendían culto.

Era aquel mismo Olimpo griego con la única diferencia de que en éste sólo habitaba un Dios, pero un Dios compuesto de tres personas: el Padre anciano de lengua barba y blanca cabellera; el Hijo, Jesucristo y el Espíritu Santo, representado bajo la forma de una blanquísima paloma, amén de la virgen, verdadera semidiosa, y la numerosísima falange de santos que eran unos verdaderos semidioses á quienes igualmente rendían culto en sus altares. Y esta concepción de la Divinidad se hallaba viciada en esencia por su carácter milagroso.

El Sér que lo ha creado todo que á todo dictó leyes inmutables y sapientísimas, las altera cuando lo tiene por conveniente; parece un rey despótico absoluto que gusta de amedrentar á sus vasallos con golpes de efecto. Todas sus relaciones con el mundo y los hombres son milagrosas; el arbitrio es su única ley; á éste da su gracia y á aquél la niega.

Esta concepción tan imperfecta de la Divinidad, desaparece con creencia en lo maravilloso. O no hay intervención de Dios, ó esta intervención es para todos igual, sin preferencias injustas, ni predilecciones irritantes. Y debe ser así, porque de lo contrario Dios no sería justo; no puede estar fuera del mundo á menos de hallarse limitado por él, y es claro que en tal caso ya no hay sér absoluto y universal, sino que hay dos seres. Hay dualismo y un dualismo incomprensible que choca á la razón y que rechaza la conciencia, porque, ó son iguales en grandeza, en cuyo caso, ninguno de entrambos (ni Dios ni el mundo) es el verdadero, ó son desiguales, y entonces el uno es hechura ó súbdito del otro, pero de todos modos hay dualismo.

(Continuará.)

VARIEDADES.

El Ayuntamiento de Barcelona empleará este año en obras de caridad una buena parte de los 10 mil duros destinados á las fiestas de la feria de la Merced que, con motivo del estado de la salud pública en España, se ha suprimido.

Se repartirán entre los pobres de aquella capital 3 mil bonos de pan, carne y arroz.

Lo celebramos,